

Michael Moorcock

REYES EN LA OSCURIDAD

*Tres Reyes en la Oscuridad yacen,
Gutheran de Org y yo,
bajo un cielo sombrío y sin sol.
El tercero bajo la Colina.*

James Cawthorn
Canción de Veerkad

1

Elric, Señor del imperio perdido y destrozado de MeIniboné, cabalgaba cual lobo que huyera de una trampa, dominado por la locura babeante y el regocijo. Se alejaba de Nadsokor, Ciudad Mendiga, dejando tras de sí un reguero de odio, pues habían descubierto en él al antiguo enemigo antes de que lograra conseguir el secreto que había ido a buscar. Los perseguían a él y, al grotesco hombrecito que cabalgaba riendo al costado de Elric, Moonglum, el Extranjero de Elwher y del este desconocido.

Las llamas de las antorchas, portadas por una multitud vociferante y andrajosa que se había lanzado en persecución de los intrusos, devoraban el terciopelo de la noche.

A pesar de tratarse de una manada de chacales maltrechos y famélicos su número les otorgaba una fuerza considerable, y sus largos cuchillos y sus arcos de hueso brillaban a la luz de las antorchas. Eran demasiado fuertes como para que dos hombres solos les hicieran frente, y demasiado pocos como para representar un serio peligro en una persecución, de modo que Elric y Moonglum, habían decidido abandonar la ciudad sin disputas, y en aquellos momentos avanzaban a galope tendido, hacia la luna llena, que con sus rayos pálidos traspasaba la oscuridad para revelarles las inquietantes aguas del río Varkalk, el medio de huir de la multitud iracunda.

No les faltaron ganas de detenerse y enfrentarse a la turba, Puesto que el Varkalk era su única salida. Pero sabían muy bien lo que los pordioseros harían con ellos, mientras que no estaban seguros de cuál sería su destino una vez se hubieran zambullido en las aguas del río. Los caballos alcanzaron las orillas inclinadas del Varkalk y se encabitaron.

Blasfemando, los dos hombres azugaron a sus corceles y los obligaron a bajar hacia el agua. Los caballos se lanzaron al río, resoplando y chapoteando. Era un río de aguas caudalosas que conducían al bosque de Troos, engendro del infierno, situado en las fronteras de Org, país de nigromantes y de una maldad antigua y corrupta.

EIric escupió el agua que había tragado y tosió.

-Creo que no nos seguirán hasta Troos -le gritó a su compañero.

Moonglum no respondió. Se limitó a esbozar una sonrisa que dejó al descubierto sus blancos dientes y el temor no disimulado reflejado en sus ojos. Los caballos nadaron vigorosamente con la corriente, dejando atrás a la turba de pordioseros que aullaban enardecidos y sedientos de sangre, mientras algunos de sus miembros reían y entre befas gritaban:

-¡Dejad que el bosque acabe con ellos!

EIric les contestó con una salvaje carcajada, mientras los caballos continuaban nadando corriente abajo, por el río ancho y profundo, hacia la mañana hambrienta de sol, fría y cubierta de escarcha. Esparcidos a ambos lados de la planicie, se alzaban unos riscos delgados, entre los cuales el río fluía raudo. Unas masas negras y pardas, con ligeros toques de verde, surgían aquí y allá dando color a las rocas; en la planicie, la hierba ondulaba como impulsada por algún fin. La multitud de pordioseros continuó persiguiendo a sus presas a lo largo de las orillas a la luz del amanecer, pero acabó cansándose y abandonó la persecución para volver, temblorosa, a Nadsokor.

Cuando se hubieron marchado, EIric y Moonglum obligaron a sus caballerías a regresar a la ribera; una vez allí, subieron con dificultad hasta la cima de la pendiente, donde las rocas y la hierba ya dejaban paso a las lindes del bosque, que más allá se alzaba por todas partes, manchando la tierra con sus negras sombras. El follaje se agitaba espasmódicamente, como si estuviera dotado de vida.

En aquel bosque de tonos sangrientos y abigarrados, las flores surgían cual erupciones malignas. Los árboles, de troncos inclinados y sinuosos, aparecían cual sombras negras y brillantes; era aquel un bosque de hojas punzantes, de oscuros tonos purpúreos, de verdes brillantes; era, sin duda, un lugar insalubre a juzgar por el insoportable hedor que manaba de la vegetación el proceso de putrefacción; un hedor que ofendía los sentidos de EIric y Moonglum.

Moonglum frunció la nariz. inclinó la cabeza en dirección al sitio por el que habían llegado e inquirió:

- ¿Regresamos ya? Podemos evitar Troos, cortar camino por un extremo de Org y llegar a Bakshaan en poco más de un día, ¿Qué me dices, EIric?

-No dudo que en Bakshaan seríamos recibidos con el mismo calor que nos recibieron en Nadsokor -repuso EIric frunciendo entrecejo-. Recordarán aún la destrucción que provocamos, y riquezas que les arrancamos a sus mercaderes. No, tengo ganas de explorar un poco el bosque. He oído muchas historias sobre Org y su monstruoso

bosque, y me gustaría conocer la verdad. Mi espada y mi magia nos protegerán si fuera preciso.

Moonglum lanzó un suspiro y le dijo:

-Elric, por esta vez te pido que no nos exponamos al peligro.

Elric le sonrió gélidamente. Sus ojos carmesíes brillaban con una intensidad peculiar en su rostro mortalmente pálido.

-¿El peligro? No puede traer más que la muerte.

-Pues la muerte no es lo que más deseo en estos momentos .-dijo Moonglum-. Los antros de placer de Bakshaan, o si lo prefieres, Jadmar, que por otra parte...

Pero Elric ya había espoleado a su caballo para que se internara en el bosque. Moonglum lanzó otro suspiro y fue tras él.

Unas flores negras no tardaron en ocultar gran parte del cielo, que ya estaba bastante oscuro, y los jinetes no lograron ver más que a pocos pasos de distancia. El resto del bosque parecía vasto e irregular; en realidad, todo esto lo presentían, puesto que la oscuridad impenetrable ocultaba a la vista gran parte de cuanto les rodeaba.

Moonglum reconoció el bosque por las descripciones que había oído de labios de viajeros enloquecidos que se emborrachaban en la oscuridad de las tabernas de Nadsokor.

-Este es el bosque de Troos, no hay duda -le dijo a Elric_. habla de cómo el Pueblo Condenado descargó sobre la tierra las fuerzas tremendas que provocaron terribles cambios en hombres, animales y plantas. Este bosque es su última creación, el último en perecer. Hay ciertas ocasiones en que los hijos siempre odian a los padres - concluyó Elric, misterioso.

-Unos hijos con los que habría que ser sumamente cautelosos, diría yo -repuso Moonglum-. Hay quienes dicen que cuando alcanzaron la cima de su poder, carecían de dioses que les infundieran miedo.

-Un pueblo en verdad osado -replicó Elric con una leve sonrisa-. Es digno de mi respeto. Pero ahora, el temor y los dioses han regresado y en cierto modo, eso resulta reconfortante.

Moonglum reflexionó un instante sobre este último punto, pero no dijo nada.

Comenzaba a sentirse inquieto.

Aquel lugar estaba plagado de susurros Y murmullos malignos, aunque por lo que podían ver, no estaba habitado por

animal alguno. Había una desconcertante ausencia de pájaros, roedores e insectos, y a pesar de que a ninguno de los dos les gustaban esas criaturas, habrían agradecido su compañía en aquel bosque inquietante.

Con voz temblorosa, Moonglum comenzó a entonar una canción con la esperanza de que lo animase y le ayudara a olvidar aquel bosque acechante.

*La sonrisa y la palabra son mi oficio;
con ellas consigo mi beneficio.
Aunque mi cuerpo es breve y mi valor reducido,
mi fama tardará mucho en perecer.*

Y así cantando, Moonglum recuperó su natural amabilidad. mientras cabalgaba tras el hombre que consideraba su amigo, un amigo que ejercía sobre él una especie de dominio, aunque ninguno de los dos lo reconociera.

Elric sonrió al oír la canción de Moonglum y dijo:

-Dudo que cantarle a la propia brevedad física y a la propia ausencia de valor sirva de mucho para mantener alejado al enemigo, Moonglum.

- Pero de este modo no ofrezco provocación alguna -le espetó Moonglum, desenvuelto-. Si le canto a mis defectos, estoy a salvo. Pero si me jactara de mis talentos, alguien podría considerarlo como un reto y decidir darme una lección.

-Es cierto -asintió Elric, serio-, y tus palabras son acertadas.

Comenzó a señalar ciertas flores y hojas y a hacer comentarios sobre su extraño color y textura, a referirse a ellas con palabras que Moonglum apenas comprendía, aunque sabía que las palabras formaban parte del vocabulario de un hechicero. Al albino no parecían asaltarle los mismos temores que acosaban al Oriental, pero en ocasiones, Moonglum había comprobado que en Elric las apariencias solían ocultar exactamente lo opuesto de lo que indicaban.

Se detuvieron a descansar un momento, mientras Elric examinaba una serie de muestras que había arrancado de árboles Y plantas. Las depositó con cuidado en el morral que llevaba Colgado del cinturón, sin darle a Moonglum ninguna explicación.

-Andando -le ordenó-, los misterios de Troos nos esperan. En ese instante, una voz de mujer les dijo desde la oscuridad:

-Ahorraos el viaje para otro día, forasteros.

EIric refrenó a su caballo, y llevó la mano a la empuñadura de la Tormentosa. La voz había ejercido en él un efecto inusual. Se trataba de una voz grave y profunda que, por un momento, le había hecho palpar el corazón con más fuerza. Presintió que se encontraba al inicio de uno de los senderos del Destino, pero ignoraba adónde le conduciría. Se apresuró a controlar su mente y luego su cuerpo, y miró hacia las sombras de donde provenía aquella voz

-Sois muy amable al ofrecernos vuestro consejo, señora -dijo, empecinado-. Dejad que os veamos y explicadnos...

La mujer avanzó despacio, montada sobre un negro caballo castrado que corveteaba con un ímpetu que apenas lograba sofrenar. Moonglum se quedó boquiabierto, pues a pesar de poseer unos rasgos muy acentuados, aquella mujer era increíblemente hermosa. Su rostro y su porte eran aristocráticos; tenía los ojos de un tono verde grisáceo, y en ellos se combinaban el enigma y la inocencia. Era muy joven. A pesar de su femineidad y belleza evidentes, Moonglum calculó que tendría poco más de diecisiete años.

-¿Cabalgáis sola? -inquirió EIric frunciendo el ceño.

-Ahora sí -repuso la muchacha tratando de disimular el asombro que le provocaba el color del albino-. Necesito ayuda.... protección. Es preciso que algún hombre me escolte, para llegar a salvo hasta Karlaak. Una vez allí, será recompensado.

-¿Karlaak, junto al Erial de las Lágrimas? Se encuentra al otro lado de Ilmiora, a cien leguas y a una semana de viaje yendo a buen paso. -EIric no esperó a que la muchacha respondiera-. No somos mercenarios, mi señora.

-Entonces debéis obediencia a los votos que, como caballero habéis hecho, señor, y no podéis negarme lo que os pido.

-¿Caballero, señora? -EIric lanzó una breve carcajada-. No provenimos de las advenedizas naciones del Sur con sus extraños códigos y normas de comportamiento.

Somos nobles de antigua cuna, cuyos actos sólo obedecen a los mandatos de nuestro propio deseo. No nos pediríais eso en que tanto insistís si conocierais nuestros nombres.

La muchacha se humedeció los labios plenos y con timidez preguntó:

-¿Quiénes sois ... ?

-Elric de Melniboné, señora; en el Oeste me llaman también EIríc, Asesino de Mujeres; y este que aquí veis es Moonglum de Elwher, que carece de conciencia.

-Me han llegado ciertas leyendas -dijo la muchacha-, que hablan del ladrón de rostro pálido, del brujo engendrado por los infiernos, poseedor de una espada que se bebe las almas de los hombres...

-Son ciertas. Y aunque las sucesivas narraciones le hayan añadido detalles, esas leyendas apenas logran describir las oscuras verdades que subyacen en sus orígenes. Y ahora, señora, decidme, ¿aún queréis nuestra ayuda? -La voz de Elric era amable, nada amenazante, porque advirtió que la muchacha estaba muy asustada, aunque había logrado controlar los indicios del miedo y había apretado los labios con ánimo decidido.

-No me queda más remedio. Estoy a vuestra merced. Mi padre, el Senador Superior de Karlaak, es muy rico. Como ya sabréis, Karlaak recibe también el nombre de Ciudad de las Torres de jade, y poseemos ámbar y jade a montones; parte de esas riquezas podría ser vuestra.

-Tened cuidado, señora, no provoquéis mis iras -le advirtió EIríc, pero en los ojos de Moonglum brilló la avaricia-. No somos jamelgos en alquiler, ni mercancías a la venta. -Sonrió con desdén y añadió-: Además, provengo de la arrasada Imrryr, la Ciudad de Ensueño, de la Isla del Dragón, centro de la Antigua Melniboné, y sé muy bien lo que es la belleza. Vuestras fruslerías no pueden tentar a alguien que ha contemplado el blanco Corazón de Arioeh, la enceguedora iridiscencia que despide el Trono de Rubí, los lánguidos e inefables colores de la piedra Actorios engarzada en el Anillo de Reyes. Son más que joyas, señora.... contienen la vida del Universo.

-Os pido disculpas, señor EIríc, y a vos, señor Moonglum.

Elric se echó a reír casi con afecto.

-Somos unos bufones sombríos, señora, pero los Dioses de la Suerte nos han asistido en nuestra huida de Nadsokor, y estamos en deuda con ellos. Os escoltaremos hasta

Karlaak, Ciudad de las Torres de jade, y exploraremos el bosque de Troos en otra ocasión.

El agradecimiento de la muchacha se vio moderado por la expresión cauta de sus ojos.

-Y ahora que ya hemos hecho las presentaciones -dijo Elric-, quizá tengáis la amabilidad de darnos vuestro nombre Y contarnos vuestra historia.

-Soy Zarozinia de Karlaak, una de las hijas de Voashoon, el clan más poderoso del sudeste de Ilmiora. Tenemos parientes en las ciudades mercantiles de las costas de Píkarayd, y había ido en compañía de dos primos y mi tío a visitarlos.

-Un viaje peligroso, lady Zarozinia.

-Es verdad, y no sólo existen peligros naturales, señor. Hace dos semanas, nos despedimos y emprendimos el viaje de regreso. Atravesamos sin dificultad el Estrecho de Vilmir; una vez allí, empleamos a unos soldados para formar una caravana y poder así continuar viaje a través de Vilmir y luego a Ilmiora. Evitamos Nadsokor, porque habíamos oído decir que la Ciudad Mendiga es poco hospitalaria con los viajeros honrados...

-Y a veces también con los improbables, tal como hemos podido apreciar -añadió Elric con una sonrisa.

Una vez más, la expresión de la muchacha indicó que le resultaba difícil asociar el evidente buen humor de Elric con su mala reputación.

-Cuando dejamos atrás Nadsokor -prosiguió la muchacha-, vinimos en esta dirección y llegamos a los confines de Org, donde se encuentra Troos. Viajamos con suma precaución pues conocíamos la negra fama de Org, por ello nos mantuvimos siempre en los límites del bosque. Fue entonces cuando caímos en una emboscada y nuestros soldados nos abandonaron.

-Una emboscada, ¿eh? -intervino Moonglum-. ¿Obra de quien, señora?

-Por su desagradable aspecto y sus siluetas bajas y rechonchas, parecían nativos. Cayeron sobre la caravana; mi tío y mis primos lucharon valerosamente pero fueron asesinados. Uno de mis primos le asestó una fuerte palmada en las ancas a mi caballo, que salió al galope con tanto ímpetu que fui incapaz de controlarlo. Me llegaron... unos aullidos terribles.... unos gritos enloquecidos y unas risas impúdicas... Cuando por fin logré refrenar a mi caballo, no supe dónde me encontraba. Más tarde, os oí acercaros y esperé a que os alejarais, pues temía que también fueseis de Org, pero al oír vuestros acentos y parte de vuestra conversación, pensé que quizá podríais ayudarme.

-Y os ayudaremos, señora -dijo Moonglum, inclinándose galantemente en la silla de montar-. Estoy en deuda con vos por haber convencido a mi señor EIríc de que nos necesitabais. De no haber sido por vos en estos momentos nos encontraríamos en el corazón de este horrible bosque, sin duda sometidos a espantosos terrores. Os ofrezco mis condolencias por la muerte de vuestros parientes, y os aseguro que a partir de ahora seréis ientes, pues

protegí a por algo más que espadas y corazones val' de ser preciso, se echará mano de la magia.

-Esperemos que no sea preciso -dijo EIríc frunciendo el entrecejo-. Amigo Moonglum, para ser un hombre que detesta ese arte, hablas de la magia de un modo muy alegre.

Moonglum sonrió, irónico.

-Consolaba a la joven dama, EIríc. Debo reconocer que he tenido ocasión de estar agradecido a tus horribles poderes. Y ahora sugiero que acampemos para pasar la noche, y poder partir al amanecer con recobradas fuerzas.

-Apruebo tu idea -dijo EIríc al tiempo que miraba de reojo a la muchacha, presa de una cierta incomodidad.

Volvió a notar que el corazón le palpitaba con fuerza y le resultó más difícil controlarlo.

La muchacha también parecía fascinada por el albino. Entre los dos existía una atracción que podía llegar a ser lo bastante fuerte como para lanzar el destino de ambos por unos senderos notablemente distintos de cuanto habían imaginado.

La noche volvió a caer rápidamente, pues en aquellas regiones los días eran cortos. Mientras Moonglum se ocupaba del fuego, atisbando nervioso a su alrededor, Zarozinia, cuya capa ricamente bordada de oro relucía a la luz de la fogata, se dirigía con gracia hacia donde EIríc estaba sentado, clasificando las hierbas que había recogido. La muchacha lo observó, cautelosa, y al ver que estaba absorto, se dedicó a mirarlo con manifiesta curiosidad.

EIríc levantó la vista y sonrió levemente; por una vez, sus ojos no estaban a la defensiva, y su extraño rostro pareció franco y agradable.

-Algunas de estas hierbas tienen poderes curativos -le explicó-, otras se utilizan para invocar a los espíritus. Las hay que otorgan una fuerza sobrenatural a quien las bebe y vuelven locos a los hombres. Me resultarán útiles.

La muchacha se sentó a su lado, y con la mano, de gruesos dedos, se apartó de la cara la negra cabellera. Sus pequeños pechos subían y bajaban rápidamente.

-Señor EÍric, ¿en verdad sois el terrible hacedor de males del que tanto hablan las leyendas? Porque me resulta difícil creerlo.

-He llevado el mal a muchos lugares, pero con frecuencia había allí maldades comparables a la mía. No pretendo justificarme, porque sé lo que soy, y sé lo que he hecho. He asesinado a brujos malévolos y destruido a opresores, pero también he sido responsable de la muerte de hombres cabales, de una mujer, mi prima a quien yo amaba, y los maté.... o bien lo hizo mi espada.

-¿Y sois vos quien domina vuestra espada?

-Algunas veces no lo sé. Pero sin ella, soy impotente. -Posó la mano sobre la empuñadura de la Tormentosa. Debería estarle agradecido. -Una vez más, sus ojos carmesíes se tornaron más profundos y ocultaron alguna amarga emoción enraizada en el fondo de su alma.

-Lo siento si he reavivado algún recuerdo desagradable...

-No lo sintáis, lady Zarozinia. El dolor lo llevo dentro de mí, no fuisteis vos quien lo puso allí. En realidad, diría que con vuestra presencia contribuís enormemente a aliviarlo.

Lo miró asombrada y sonrió.

-No soy mujer de costumbres ligeras, señor, pero...

EÍric se puso en pie a toda prisa.

-Moonglum, ¿va bien ese fuego?

-Sí, EÍric. Durará toda la noche. -Moongluin inclinó la cabeza hacia un lado. No era propio de EÍric formular preguntas banales, pero el albino no volvió a decir nada, de modo que el Oriental se encogió de hombros y se puso a revisar sus armas.

Como no se le ocurría nada más que decir, Elric se volvió y con tono apremiante y grave comentó:

-Soy un asesino y un ladrón, y no sería digno...

-Señor Elric, yo...

-Os habéis dejado infatuar por una leyenda, es todo.

-¡No! Si sentís lo mismo que yo siento, entonces sabréis que es mucho más.

-Eres joven.

-Tengo edad suficiente.

-Ve con cautela, pues tengo un destino que cumplir.

-¿Tu destino?

-Más que destino es una terrible condena. No tengo piedad, salvo cuando veo algo en mi propia alma. Entonces la tengo... y me apiado. Pero no me gusta contemplar mi alma y esto forma parte de la condena que rige mi vida. No son el destino, ni las estrellas, ni los hombres, ni los demonios, ni los dioses. Mírame, Zarozinia... es Elric, un pobre juguete blanco elegido por los Dioses del Tiempo, es Elric de MeIniboné quien causa su propia y gradual destrucción.

-¡Es un suicidio!

-Sí, me estoy matando lentamente. Y quienes van a mi lado también sufren.

-Mientes, señor Elric... la locura y la culpa te impulsan a mentir.

-Porque soy culpable, señora mía.

-¿Acaso el señor Moonglum camina contigo hacia su fin?

-Es muy distinto a los demás ... su seguridad le hace indestructible.

-Yo también tengo confianza, mi señor EIríc. Tu confianza es la de la juventud, es diferente.

-¿Es preciso que la pierda con mi juventud?

-Tienes fuerza. Eres tan fuerte como nosotros. He de reconocerlo.

Poniéndose en pie, la muchacha abrió los brazos y dijo:

-Entonces reconcílate, EIríc de Melniboné.

Y lo hizo. La tomó en sus brazos y la besó con una necesidad más profunda que la de la pasión. Por primera vez se olvidó de Cymoril de Imrryr cuando ambos se tendieron en la hierba suave, ignorando a Moonglum, que sacaba brillo a su espada curva con un celo burlón.

Los tres se quedaron dormidos y el fuego se fue apagando.

Tal era su alegría, que EIríc se olvidó de que debía montar guardia, y Moonglum, que no contaba con más fuerzas que las de su cuerpo, permaneció despierto cuanto pudo, pero finalmente, el sueño lo venció.

En las sombras de los horribles árboles, unas siluetas se movían con lenta precaución.

Los hombres deformados de Org comenzaron a reptar en dirección de los tres seres humanos dormidos.

En ese momento, EIríc abrió los ojos, impulsado por el instinto, y se quedó mirando el plácido rostro de Zározinia que dormía a su lado; movió los ojos sin volver la cabeza y vio el peligro. Rodó hacia un costado, aferró la Tormentosa y desenvainó la espada rúnica. El acero comenzó a murmurar, como presa de la ira por haber sido despertado.

¡Moonglum, hay peligro! -gritó EIríc, atemorizado, porque debía proteger algo más que su propia vida.

El hombrecito levantó la cabeza de golpe. Su sable curvado se encontraba ya sobre su regazo; el hombre se puso en pie de un

salto y corrió hacia Elric en el momento preciso en que los hombres de Org se disponían a atacar.

-Pido disculpas -le dijo Moonglum.

-La culpa es mía...

Y entonces los hombres de Org cayeron sobre ellos. Elric y Moonglum se encontraban junto a la muchacha cuando ésta despertó y contempló lo que ocurría sin gritar. Miró a su alrededor en busca de un arma, pero no encontró ninguna. Se quedó quieta donde estaba, pues era lo único que podía hacer.

Oliendo a despojos, unas doce criaturas farfullantes atacaron a Elric y a Moonglum con pesadas espadas que parecían destrales largos y peligrosos.

La Tormentosa gimió, atravesó un destrial, se hundió en un cuello y decapitó a su dueño. El cadáver cayó hacia atrás, sobre el fuego, soltando un gran chorro de sangre. Moonglum esquivó un destrial aullador, perdió el equilibrio, cayó, le asestó un man doble a las piernas de su contrincante y al desjarretarlo, éste se desplomó gritando como un poseso. Moonglum se quedó tendido en el suelo y levantó su acero para ensartar a otro enemigo a la altura del corazón. Se puso en pie de un salto y corrió al lado de Elric, mientras Zarozinia se escudaba tras ellos.

-Los caballos -gruñó Elric-. Si no hay peligro, intenta traerlos.

Todavía quedaban en pie siete nativos; Moonglum lanzó un quejido cuando un destrial le rebanó un trozo de carne del brazo izquierdo; se defendió traspasándole la garganta a su enemigo, se giró ligeramente y le hizo un corte en la cara a otro. Avanzaron, tomando la ofensiva ante el enloquecido enemigo. Con la mano Izquierda cubierta de sangre, a pesar del dolor, Moonglum desenvainó su largo puñal y lo asió apoyando el pulgar en el mango; atajó el ataque de un contrincante, se acercó a él y le dio muerte hundiéndole el puñal y empujando hacia arriba con fuerza, lo cual aumentó el dolor que le provocaba su herida.

Elric sostenía la espada rúnica con ambas manos y la revoleaba en semicírculo, segando a aquellos deformes seres aulladores. Zarozinia echó a correr en dirección de los caballos, montó de un salto en el suyo y condujo a los otros dos hacia los hombres que luchaban. Elric aniquiló a otro nativo y montó, al tiempo que agradecía haber tenido la previsión de dejar los caballos preparados, con todos los enseres, por si llegaba a presentarse algún peligro. Moonglum, no tardó en unirse a ellos y salieron del claro a galope tendido.

-Las alforjas -gritó Moonglum presa de una agonía que superaba con creces la que le producía la herida-. ¡Nos hemos dejado las alforjas!

-¿Qué más da? No abuses de tu suerte, amigo mío.

-¡Pero en ellas guardábamos nuestro tesoro!

EIric se echó a reír, en parte de alivio, y en parte porque aquello le hacía gracia.

-No temas, amigo mío, las recuperaremos.

-Te conozco, EIríc. Y sé que para ti las realidades no cuentan.

El propio Moonglum se echó a reír cuando atrás quedaron los iracundos hombres de Org y los caballos iniciaban un trote.

EIric se estiró, abrazó a Zarozinia y le dijo:

-Llevas en las venas el coraje de tu noble clan.

-Gracias -respondió ella, satisfecha por el cumplido-, pero jamás podremos igualar el arte que tanto tú como Moonglum habéis demostrado como espadachines. Ha sido fantástico.

-Agradécele a la espada -repuso él, cortante.

-No, te agradeceré a ti. Creo que depositas demasiada confianza en esa arma infernal, por más poderosa que sea.

-La necesito.

- ¿Para qué?

-Para obtener mi propia fuerza, y ahora, para darte fuerzas a ti.

-No soy un vampiro -repuso ella con una sonrisa-, y no necesito de una fuerza tan temible como la que otorga esa espada.

-Entonces, ten por seguro que yo sí -le dijo EIric con seriedad-. No me amarías si la espada no me diera lo que necesito. Sin ella, soy como un informe bicho marino.

-No te creo, pero no voy a discutir contigo ahora.

Continuaron cabalgando sin hablar.

Más tarde, se detuvieron, desmontaron, y Zarozinia cubrió la herida de Moonglum con unas hierbas que le dio Elic y comenzó a vendarle el brazo.

Elic estaba sumido en sus pensamientos. Unos sonidos sensuales y macabros agitaban el bosque entero.

-Nos encontramos en el corazón de Troos -dijo el albino-, y esos seres han impedido que hiciésemos realidad nuestra intención de evitar el bosque. Creo que aprovecharé la ocasión para visitar al Rey de Org.

Moonglum lanzó una carcajada.

-¿Quieres que antes le enviemos nuestras espadas? ¿Y después nos atemos las manos? -Las hierbas, que ejercían un rápido efecto, le estaban aliviando ya el dolor.

-Hablo en serio. Todos nosotros le debemos mucho a los hombres de Org. Aniquilaron al tío y a los primos de Zarozmia, te hirieron a ti, y ahora tienen nuestro tesoro. Tenemos muchos motivos para exigirle al Rey una reparación. Además, parecen muy tontos y no debería resultarnos difícil engañarles.

-Sí, y el Rey nos recompensará por nuestra falta de sensatez cortándonos las piernas.

-Nunca he hablado más en serio. Creo que deberíamos ir.

-He de reconocer que me gustaría recuperar nuestros bienes, pero Elic, no deberíamos poner en peligro la seguridad de nuestra señora.

-Moonglum, voy a convertirme en esposa de Elic. Por lo tanto, si él visita al Rey de Org, he de acompañaros.

-Ha sido breve el cortejo -dijo Moonglum, enarcando una ceja.

-Ha dicho la verdad -dijo Elic-. Iremos todos a Org, y la magia nos protegerá de la indeseada ira del Rey.

-Sigues deseando la muerte y la venganza, EIríc -comentó Moonglum al tiempo que se encogía de hombros y montaba-. A mí me da igual, puesto que tus caminos, sean cuales sean, son todos provechosos. Según tus propias palabras, serás el Señor de la Mala Suerte, pero, la verdad sea dicha, a mí me traes buena fortuna.

-Ya no cortejo a la muerte -dijo EIríc con una sonrisa-, sólo espero que podamos vengarnos.

-Pronto amanecerá -comentó Moonglum-. La ciudadela de Org se encuentra a seis horas a caballo de aquí, y si no me equivoco y si el mapa que memoricé en Nadsokor era correcto, hemos de ir en dirección sur sudeste, guiándonos por la Estrella Antigua.

-Tu sentido de orientación nunca falla, Moonglum. Todas las caravanas deberían llevar al frente a un hombre como tú.

-En Elwher nos basamos en las estrellas para elaborar nuestra filosofía -repuso Moonglum. Las consideramos el plano maestro de cuanto ocurre en la Tierra. En su recorrido alrededor del planeta lo ven todo, el pasado, el presente y el futuro. Son nuestros dioses.

-Al menos son dioses previsibles -dijo EIríc mientras cabalgaban hacia Org con el corazón ligero al considerar el grave riesgo que corrían.

2

Poco se sabía del reino de Org, salvo que el bosque de Troos se alzaba dentro de sus límites, hecho que las demás naciones agradecían. En su mayoría, las gentes de Org eran desagradables de ver, pues sus cuerpos eran retorcidos y presentaban extrañas alteraciones. Según la leyenda, descendían del Pueblo Maldito. Se decía que físicamente sus gobernantes tenían aspecto de hombres normales, pero que sus mentes eran más retorcidas que los brazos y las piernas de sus súbditos.

El reino de Org poseía pocos habitantes, esparcidos por todo el territorio, y su rey los gobernaba desde su ciudadela que también recibía el nombre de Org.

Hacia esa ciudadela se dirigían EIríc y sus acompañantes' y mientras viajaban, EIríc les explicó cómo pensaba protegerles de los nativos de Org.

En el bosque había encontrado cierta hoja que, utilizada conjuntamente con unas invocaciones determinadas (inocuas para el invocador, pues éste no corría demasiado peligro de ser atacado por los espíritus que dirigía) dotarían a esa persona, y a cualquiera a quien diese a beber la droga destilada de la hoja, de una invulnerabilidad temporal.

El hechizo servía para rehacer en cierto modo la estructura de la piel y la carne a fin de que pudiese soportar cualquier filo y casi cualquier golpe. Con un talante extrañamente locuaz, Elric les explicó cómo la droga y el hechizo se combinaban para alcanzar el efecto, pero los arcaísmos y los términos esotéricos que empleó les resultaron incomprensibles a sus dos acompañantes.

Se detuvieron a una hora de camino del lugar donde Moonglum había calculado encontrar la ciudadela, para que Elric pudiera preparar la droga e invocar el hechizo.

Trabajó con destreza sobre una pequeña fogata, utilizando un mortero de alquimista, en el que mezcló la hoja cortada con un poco de agua. Mientras el preparado hervía sobre el fuego, dibujó en el suelo unas runas peculiares; algunas de estas runas adoptaban unas formas retorcidas tan raras que daban la impresión de esfumarse en una dimensión diferente para reaparecer más allá.

Hueso y sangre y carne y nervio,
unen nuevamente hechizo y espíritu;
poción potente entre tu magia,
mantén a quien te beba libre de daño.

Así cantó Elric a medida que sobre el fuego se formaba una nubecilla rosada, que ondeó un instante para adoptar luego una forma espiralada que se hundió en el interior del recipiente. La sustancia burbujeó rumorosamente y después se quedó quieta. El hechicero albino dijo:

-Se trata de un antiguo hechizo de mi niñez, y es tan sencillo que casi se me había olvidado. La hoja para preparar esta poción sólo se encuentra en Troos, por lo que resulta difícil de hacer.

El preparado, antes líquido, se había solidificado y Elric lo partió en trocitos.

-Una cantidad muy grande tomada de una sola vez -les advirtió- podría envenenarte, pero en su justa medida permite unos efectos que duran varias horas. Aunque no siempre es así, pero hemos de aceptar ese riesgo. -Les entregó un trocito a sus acompañantes, quienes lo recibieron con cierto recelo-. Tragáoslo antes de que

lleguemos a la ciudadela -les ordenó-, o bien si somos sorprendidos por los hombres de Org.

Entonces montaron y reemprendieron la marcha.

A unas millas al sudeste de Troos, un ciego cantó en sueños una tétrica canción que lo despertó...

Llegaron a la triste ciudadela de Org al anochecer. Desde las almenas de aquella antigua morada de los Reyes de Org, los recibieron unos gritos guturales. La dura piedra rezumaba humedad y aparecía corroída por los líquenes y un musgo abigarrado y de aspecto siniestro. La única entrada de la ciudadela apenas permitía el paso de un hombre a caballo, y a ella se accedía a través de un sendero que se hundía casi un palmo en un cieno negro y maloliente.

-¿Qué vienes a hacer a la Corte Real de Gutheran, el Poderoso?

No vieron a quien formulaba esta pregunta.

-Buscamos hospitalidad y una audiencia con vuestro señor -gritó Moonglum alegremente ocultando a duras penas su nerviosismo-. Traemos importantes noticias a Org.

Una cara deforme espió desde las almenas.

-Pasad, forasteros, y sed bienvenidos -dijo con tono nada amistoso.

El pesado puente levadizo de madera se levantó en el aire para que pudieran entrar; los caballos avanzaron con dificultad por el barro y llegaron al patio de la ciudadela.

En el cielo gris, unos negros nubarrones se desplazaban a toda velocidad hacia el horizonte, como deseosos de huir de los horrendos límites de Org y del asqueroso bosque de Troos.

El patio aparecía cubierto por una capa del mismo cieno apestoso que les había dificultado la entrada en la ciudadela. Unas sombras pesadas e inmóviles se cernían sobre él. A la derecha de Eric, un tramo de escalera conducía a una entrada en arco, tapizada por los mismos líquenes siniestros que había visto en las paredes exteriores y también en el bosque de Troos.

Por ese arco, salió un hombre alto que después de acariciar los líquenes con una mano pálida y cargada de anillos, se detuvo en lo alto de la escalera a contemplar a los visitantes con los ojos entrecerrados. A diferencia de los otros, era apuesto, tenía una cabeza imponente, leonina, con una cabellera larga tan blanca como la de EIríc, aunque el cabello de aquel hombre corpulento parecía más bien sucio, enmarañado y poco cuidado. Vestía un pesado colete de cuero repujado y acolchado, un tonelete amarillo largo hasta los tobillos y llevaba una daga de hoja ancha, sin vaina, prendida al cinto. Era mayor que EIríc; tendría entre cuarenta y cincuenta años, y su rostro poderoso, aunque un tanto decadente, estaba surcado por las arrugas y plagado de las marcas dejadas por la viruela.

Los observó en silencio sin darles la bienvenida; después, le hizo señas a uno de los guardias de las almenas para que bajara el puente levadizo. Éste descendió con estruendo, obstruyéndoles la salida.

-Matad a los hombres y quedaos con la mujer -ordenó el hombre corpulento con voz monótona.

EIríc había oído a los muertos hablar del mismo modo.

Tal como habían planeado, EIríc y Moonglum se colocaron a ambos lados de Zarozinia y allí se quedaron, de brazos cruzados.

Unas criaturas asombradas se acercaron a ellos arrastrando los pies cautelosamente, mientras sus pantalones sueltos tocaban el

lodo y sus manos permanecían ocultas bajo las largas mangas de sus mugrientos vestidos. Lanzaron sus destrales. EIríc notó un leve golpe cuando un arma le alcanzó en un brazo con un ruido seco, pero eso fue todo. A Moonglum le ocurrió otro tanto.

Los hombres retrocedieron; sus rostros bestiales reflejaban asombro y confusión.

El hombre alto abrió los ojos desmesuradamente. Se llevó una mano cubierta de anillos a los gruesos labios y se mordió una uña.

-¡Nuestras armas no surten efecto en ellos, Rey! No se cortan ni sangran. ¿De qué están hechos?

EIríc lanzó una carcajada teatral:

-No somos seres corrientes, pequeño humano, de eso puedes estar seguro. Somos mensajeros de los dioses y hemos traído a tu Rey un mensaje de nuestros amos. No

temáis, no os haremos nada, pues no corremos peligro de que nos hagáis daño. Apartaos y dadnos la bienvenida.

EÍric notó que el Rey Gutheran se mostraba asombrado, aunque lo que acababa de decirle no le había engañado del todo. Se maldijo. Había medido la inteligencia de aquellos seres basándose en los que él había visto. Aquel rey, loco o no, era mucho más inteligente, y sería mucho más difícil de engañar. Se acercó a la escalera, donde se encontraba el ceñudo Gutheran.

-Salve, Rey Gutheran. Los Dioses han vuelto por fin a Org y desean que lo sepáis.

Org no tiene Dioses que adorar por toda la eternidad -repuso Gutheran con voz hueca, se dio la vuelta y entró en la ciudadela-. ¿Por qué habríamos de aceptarlos ahora?

-Sois impertinente, Rey Gutheran.

-Y tú muy audaz. ¿Cómo sé yo que vienes de parte de los Dioses? -inquirió mientras los conducía a través de unos pasillos de techo bajo.

-Has visto ya que las armas de tus súbditos no nos causan daño alguno.

-Es verdad. Por el momento, consideraré ese incidente como prueba de ello. Supongo que habrá que celebrar un banquete en vuestro... en vuestro honor. Ordenaré que lo dispongan todo. Sed bienvenidos, mensajeros. -Sus palabras carecían de toda gracia, pero resultaba prácticamente imposible detectar nada por la voz de Gutheran, puesto que mantenía siempre el mismo tono.

EÍric se apartó de los hombros la pesada capa de montar y dijo alegremente:

-Hablaemos a nuestros señores de tu amabilidad.

La Corte era un lugar de sombríos pasillos y risas falsas, y aunque EÍric formuló muchas preguntas a Gutheran, el rey no se dignó contestarlas, y si lo hacía, utilizaba frases ambiguas que nada significaban. No les fueron asignados unos aposentos donde poder refrescarse, por lo que hubieron de permanecer durante varias horas en el salón principal de la ciudadela, y mientras Gutheran estuvo con ellos sin dar órdenes para el banquete, permaneció despatarrado sobre su trono mordiéndose las uñas, sin prestarles la menor atención.

-Agradable hospitalidad -susurró Moonglum.

-Eric, ¿cuánto durarán los efectos de la droga? -inquirió Zarozenia que no se apartaba del costado del albino.

El albino le rodeó los hombros con un brazo y repuso:

-No lo sé. No mucho más. Pero ha cumplido con su propósito. Dudo que traten de atacarnos otra vez. Sin embargo, os pido que estéis atentos pues podrían realizar otros intentos más sutiles.

El salón principal, que tenía un techo más alto que el resto y estaba rodeado por una galería que se alzaba a bastante distancia del suelo, era frío e incómodo. El fuego no ardía en las diversas chimeneas que eran abiertas y estaban excavadas en el suelo, y las paredes, que rezumaban humedad y carecían de todo adorno, eran de piedra dura y gastada por el tiempo. En el suelo ni siquiera había alfombras de junco, y dondequiera que se mirara, se veían huesos y restos de comida putrefacta.

-Se ocupan muy poco de la ciudadela, ¿verdad? -comentó Moonglum mirando a su alrededor con asco y echando un vistazo al pensativo Gutheran que, al parecer, se había olvidado de él.

Un sirviente entró en el salón arrastrando los pies y susurró unas cuantas palabras al oído del rey. Éste asintió, se puso en pie y abandonó el Gran Salón.

Al cabo de unos instantes, entraron unos hombres con bancos y mesas y comenzaron a distribuirlos por la estancia.

El banquete iba a comenzar. En el aire flotaba el peligro.

Los tres visitantes se sentaron juntos, a la derecha del Rey, que se había colocado una capa adornada de joyas, signo de su reinado, mientras su hijo y varias mujeres pálidas, pertenecientes a la familia real, se sentaron a la izquierda sin dirigirse la palabra.

El Príncipe Hurd, un joven de rostro taciturno, que parecía detestar a su padre, jugueteó con la comida de aspecto poco apetitoso que les fue servida a todos.

Bebió ávidamente el vino que apenas tenía sabor, pero que era fuerte y contribuía a caldear un poco el ambiente.

-¿Y qué quieren los dioses de la pobre gente de Org? -inquirió Hurd mirando fríamente a Zarozenia con un interés algo más que amistoso.

-No piden más que vuestro reconocimiento -respondió Elric- A cambio de ello, os ayudarán de vez en cuando.

-¿Es todo? -preguntó Hurd echándose a reír-. Mucho más de lo que nos ofrecen los de la Colina, ¿eh, padre?

Gutheran volvió lentamente su enorme cabeza para contemplar a su hijo.

-Sí -murmuró, y esa sola palabra parecía contener una advertencia.

-La Colina.... ¿qué es eso? -inquirió Moonglum.

Nadie le respondió. Se oyó entonces una carcajada histérica que provenía de la entrada del Gran Salón. Apareció allí un hombre delgado y macilento, con la mirada fija en la lejanía. A pesar de tener el rostro demacrado, sus rasgos se parecían mucho a los de Gutheran. Llevaba un instrumento de cuerdas y cada vez que lo tocaba, se oía un sonido lastimero que resonaba con insistente melancolía.

-Mira, padre, es el ciego Veerkad -dijo Hurd, despectivo-, tu hermano, el juglar. ¿Le hacemos cantar para nosotros?

-¿Cantar?

-¿Le hacemos cantar sus canciones, padre?

La boca de Gutheran tembló y se retorció en una mueca; al cabo de un momento, dijo:

-Puede entretener a nuestros huéspedes con una balada heroica si así lo desea, pero...

-Pero no debe cantar ciertas canciones... -continuó Hurd con una sonrisa maliciosa. Daba la impresión de que deseaba atormentar deliberadamente a su padre por algo que Elric no alcanzaba a adivinar. Hurd le gritó al ciego-: ¡Vamos, tío Veerkad ... , canta!

-Hay unos extraños aquí presentes -dijo Veerkad y sus palabras resonaron por encima del lamento de su propia música-. Hay extraños en Org.

Hurd rió entre dientes y bebió más vino. Gutheran miraba ceñudo y no dejaba de temblar y de morderse las uñas.

-Nos gustaría oír una canción, trovador -gritó EIríc.

-Entonces, forasteros, os cantaré la canción de los Tres Reyes en la Oscuridad, así oiréis la espantosa historia de los Reyes de Org.

-¡No! -gritó Gutheran, poniéndose en pie de un salto, pero Veerkad ya se había puesto a cantar.

Tres Reyes en la oscuridad yacen,
Gutheran de Org y yo,
bajo un cielo triste y sin sol.
El tercero bajo la Colina yace.
Cuándo se levantará el tercero,
sólo cuando muera otro...

-¡Basta! -aulló Gutheran presa de un ataque de ira; se puso en pie, abandonó la mesa a los tumbos, presa del terror y con el rostro blanco como el papel, se acercó al ciego y lo golpeó. Dos golpes y el juglar cayó al suelo y allí quedó sin moverse. ¡Sacadlo de aquí! Y que no vuelva a entrar -chilló el rey con los labios cubiertos de espuma.

Hurd, que por un momento recuperó la sobriedad, saltó al otro lado de la mesa volcando platos y copas y aferró a su padre del brazo.

-Cálmate, padre. He pensado en otro modo de divertirnos.

-¡Tú lo único que pretendes es arrebatarme el trono! Has sido tú quien animó a Veerkad para que cantara su horrible canción. Sabes que no puedo escucharla sin que... -Se interrumpió y miró hacia la puerta-. Un día, la leyenda se hará realidad y el Rey de la Colina vendrá. Entonces yo, tú y Org pereceremos.

- Padre -insistió Hurd con una sonrisa espantosa-, permite que la mujer que nos visita baile para nosotros una danza en honor de los dioses.

-¿Qué?

-Que permitas que la mujer baile para nosotros, padre.

EIric lo oyó. A esas alturas, los efectos de la droga debían de, haberse disipado ya. No podía arriesgarse a desvelar su juego ofreciéndole a sus compañeros otra dosis. Se puso en pie.

-Vuestras palabras son un sacrilegio, Príncipe.

-Os hemos ofrecido diversión. En Org la costumbre dicta que los visitantes también han de divertirnos de algún modo.

Se respiraba la amenaza. EIríc se arrepintió de haber ideado aquel plan para engañar a los hombres de Org. Pero ya nada podía hacer. Había pretendido exigirles un tributo en nombre de los Dioses) pero era evidente que aquellos hombres enloquecidos temían mucho más otros peligros más inmediatos y tangibles que los representados por cualquiera de los Dioses.

Había cometido un error, había puesto en peligro las vidas de sus amigos así como la suya propia. ¿Qué hacer? Zarozinia murmuró:

-En Ilmiora el arte de la danza le es enseñado a todas las damas. Déjame bailar para ellos. Quizás aplaque sus ánimos, y Con suerte, podré engatusarlos para facilitar nuestro trabajo.

-Arioch sabe que nuestra tarea es harto difícil. Fui un tonto al concebir este plan. Está bien, Zarozinia, baila para ellos, pero hazlo con cuidado. -Dirigiéndose a Hurd, añadió - : Nuestra compañera bailará para vosotros y os mostrará la belleza que los Dioses han creado. Luego deberéis pagar vuestro tributo, pues nuestros amos se están impacientando.

-¿El tributo? -inquirió Gutheran levantando la cabeza-. No habías dicho nada de un tributo.

-Debéis expresar vuestro reconocimiento a los Dioses con metales y piedras preciosas, Rey Gutheran. Creí que así lo habíais entendido.

-Os asemejáis más a unos ladrones corrientes que a unos mensajeros sobrenaturales, amigos míos. Las gentes de Org somos pobres y no tenemos nada que ofrecer a los charlatanes.

-¡Mide tus palabras, Rey! -La voz clara de EIríc resonó, amenazante, en la estancia.

-Veamos la danza y luego juzgaremos la verdad de lo que nos has dicho.

EIric tomó asiento, y cuando Zarozinia se puso en pie, le aferró la mano por debajo de la mesa para infundirle valor.

La muchacha se dirigió con paso seguro y agraciado hasta el centro del salón y allí comenzó a bailar. EIric, que la amaba, quedó asombrado por su gracia y su maestría. Bailó las antiguas y hermosas danzas de Ilmiora, dejando arrobados incluso a los estúpidos hombres de Org; mientras así danzaba, la enorme y dorada Copa de los Huéspedes fue introducida en la estancia.

Hurd se inclinó por delante de su padre y le dijo a EIric:

-La Copa de los Huéspedes, mi señor. La costumbre dicta que nuestros invitados han de beber de ella en señal de amistad.

EIric asintió; estaba visiblemente molesto de que interrumpieran su contemplación de la maravillosa danza; sus ojos seguían a Zarozmia mientras ésta se movía por la estancia. En el salón se produjo un silencio.

Hurd le entregó la copa y el albino se la llevó distraídamente a los labios, al ver que Zarozinia se había subido a la mesa y comenzaba a acercarse hacia donde él estaba sentado. Cuando EIric tomó el primer sorbo, Zarozinia lanzó un grito y de una patada le arrancó la copa de la mano. El vino se derramó sobre Gutheran y Hurd, quien se levantó, sorprendido.

-Contiene veneno, EIric. ¡Lo han envenenado!

Hurd la abofeteó en plena cara. La muchacha cayó de la mesa y quedó tendida en el suelo mugriento.

-¡Perra! ¿Acaso un poco de vino envenenado puede dañar a los mensajeros de los Dioses?

Enfurecido, EIric apartó a Gutheran de un empujón y golpeó a Hurd con tal furia que le hizo escupir un chorro de sangre. Pero el veneno comenzaba a surtir efecto. Gutheran gritó algo y Moonglum desenvainó el sable al tiempo que miraba hacia arriba. EIric comenzó a tambalearse; empezaba a perder el sentido y la escena adquirió ante sus ojos una cualidad irreal. Alcanzó a ver que unos sirvientes aferraban a Zarozinia, pero no logró ver cómo reaccionaba Moonglum Sintió náuseas y un terrible mareo que le impedían continuar en pie.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, EIric derribó a Hurd de un tremendo puñetazo. Después perdió el conocimiento.

3

Sintió en las muñecas la fría garra de las cadenas; sobre su cara caía una fina llovizna que le provocaba escozor allí donde las uñas de Hurd le habían arañado.

Miró a su alrededor. Se hallaba encadenado entre dos menhires de piedra, en lo alto de un túmulo funerario de gigantescas proporciones. Era de noche, y del cielo colgaba una pálida luna. Miró hacia abajo, en dirección al grupo de hombres. Hurd y Gutheran se encontraban entre ellos. Le sonrieron, burlones.

-Adiós, mensajero. ¡Nos resultarás muy útil para aplacar a los Habitantes de la Colina!
-gritó Hurd al tiempo que en compañía de los otros se apresuraba a regresar hacia la ciudadela, que aparecía recortada contra el cielo, a corta distancia de allí.

¿Dónde estaba? ¿Qué habría sido de Zarozinia y de Moonglum ¿Por qué le habían encadenado de aquel modo en...? De pronto recordó que se encontraba en la Colina.

Se estremeció de impotencia ante las fuertes cadenas que le sujetaban. Empezó a tirar de ellas con desesperación, pero no cedían. Se devanó los sesos en busca de algún plan, pero el tormento y la preocupación por la seguridad de sus amigos le impedían pensar con claridad. De abajo le llegó el sonido de una carrera, y vio una blanca silueta fantasmal escudarse veloz entre las sombras. Volvió a tirar con furia de las cadenas que le sujetaban.

En el Gran Salón de la ciudadela, la ruidosa celebración alcanzaba el grado de una exaltada orgía. Gutheran y Hurd estaban completamente borrachos y reían como posesos por su victoria.

Desde fuera del Salón, Veerkad escuchaba y los odiaba en silencio. Detestaba sobre todo a su hermano, el hombre que le había depuesto y provocado su ceguera, para impedirle que estudiara magia y que la utilizara para resucitar al Rey sepultado debajo de la Colina.

-Por fin ha llegado la hora -susurró para sí y detuvo a un sirviente que pasaba a su lado.

-Dime dónde tienen a la muchacha.

-En los aposentos de Gutheran, amo.

Veerkad soltó al hombre y palpando las paredes comenzó a avanzar por los sombríos pasillos; subió la escalera sinuosa, hasta que llegó al cuarto que buscaba. Cuando se encontró ante la puerta, sacó una llave de las muchas que había hecho sin que Gutheran se enterase, y abrió.

Zarozinia vio entrar al ciego pero nada pudo hacer. La habían amordazado y atado con su propio vestido, y todavía se encontraba aturdida por el golpe que Hurd le había asestado. Ya le habían hablado de la suerte que había corrido Elric, Pero Moonglum había logrado escapar, y los guardias lo perseguían por los pasillos malolientes de Org.

-He venido a llevarte con tu compañero, señora -le anunció el ciego Veerkad, y asistido por la fuerza que le daba la locura, la levantó en brazos; luego, tanteando las paredes buscó la puerta. Conocía los pasadizos de Org a la perfección, porque había nacido y se había criado en ellos.

Pero en el pasillo, ante los aposentos de Gutheran, se encontraban dos hombres. Uno de ellos era Hurd, Príncipe de Org. Este, que quería a la muchacha para sí, estaba muy molesto con su padre por haberla encerrado. Vio a Veerkad llevando a la mujer en brazos y esperó en silencio a que pasara su tío.

El otro hombre era Moonglum, que observaba cuanto ocurría protegido por las sombras donde se había ocultado de los guardias que le perseguían. Cuando Hurd siguió a Veerkad con paso sigiloso, Moonglum fue tras él.

Veerkad abandonó la ciudadela por una pequeña puerta del costado y condujo su carga hacia la Colina Funeraria.

Al pie del monstruoso túmulo se amontonaba una multitud de espectros leprosos que presentían la presencia de Elric, el sacrificio a ellos ofrecido por las gentes de Org.

Fue entonces cuando Elric lo comprendió.

-Aquéllas eran las criaturas a las que Org temía más que a los dioses. Aquéllos eran los muertos vivientes, los antepasados de aquellas personas que, en ese momento, celebraban en el Gran Salón. Quizás aquél fuera el Pueblo Condenado. ¿Cuál era su condena? ¿No descansar jamás? ¿No morir jamás? ¿Degenerar hasta transformarse en unos espectros sin inteligencia? Elric se estremeció.

La desesperación le devolvió la memoria. Su voz era un lamento agónico dirigido al cielo encapotado y a la tierra palpitante.

-¡Arioch! Destruye las piedras. ¡Salva a tu siervo! ¡Arioch, mi amo..., ayúdame!

No bastaba. Los espíritus devoradores se reunieron y comenzaron a ascender el túmulo a la carrera, en dirección al sitio donde se encontraba el albino indefenso.

-¡Arioch! ¡Estas cosas abandonarían tu memoria! ¡Ayúdame a destruirlas!

La tierra tembló y el cielo se oscureció más aún, ocultando la luna pero no a los espíritus devoradores de pálidos rostros exangües, que ya se disponían a lanzarse sobre él.

En lo alto se formó entonces una enorme bola de fuego, y hasta el cielo mismo pareció sacudirse y bullir a su alrededor. Con un rugido tremendo, de la bola partieron dos rayos que pulverizaron las piedras dejando en libertad a Elric.

El albino se puso en pie, pues sabía que Arioch exigiría su tributo, cuando los primeros espíritus devoradores se acercaron a él.

No retrocedió, sino que impulsado por la ira y la desesperación saltó en medio de ellos, revoleando con ímpetu las cadenas que colgaban de sus brazos. Los espíritus devoradores cayeron al suelo y huyeron en desbandada; balbuciendo asustados y rabiosos, bajaron la colina y entraron en el túmulo.

Elric advirtió entonces que en el túmulo que se hallaba más abajo había una entrada, negra contra la negrura circundante. Respirando pesadamente, descubrió que no le habían quitado el morral que llevaba prendido del cinturón. De él sacó un trozo de delgado alambre de oro con el que intentó abrir los cerrojos de los grilletes.

Veerkad rió entre dientes, y al oírlo, Zarozinia casi enloqueció de terror. El ciego no paraba de repetirle babosamente al oído:

-¿Cuándo se levantará el tercero? Sólo cuando muera el otro. Cuando la sangre de ese otro fluya roja... oiremos las pisadas de los muertos. Tú y yo le ayudaremos a resucitar para que haga caer sobre mi maldito hermano todo el peso de la venganza. Tu sangre, querida mía, será la que le permita salir. -Veerkad notó que los espíritus devoradores se habían marchado y juzgó que ya estarían aplacados-. Tu amado me ha sido útil -le dijo entre carcajadas cuando se disponía a entrar en el túmulo. El olor a muerte estuvo a punto de hacer desfallecer a la muchacha, cuando el ciego la condujo hacia el corazón de la Colina.

El aire frío le había devuelto a Hurd una cierta sobriedad; el Príncipe se sintió horrorizado cuando vio adónde se dirigía Veerkad. El túmulo, la Colina del Rey, era el sitio más temido de la tierra de Org. Hurd se detuvo ante la negra entrada y se volvió, i dispuesto a echar a correr. En ese momento vio la silueta de Elric, que descendía, enorme y ensangrentada, por la pendiente del túmulo, impidiéndole el paso.

Lanzando un grito enloquecido, se precipitó por el pasadizo de la Colina.

EIric no se había percatado aún de la presencia del Príncipe, por lo que el grito lo sorprendió; intentó entonces ver quién lo había proferido pero ya era demasiado tarde. Bajó corriendo la pendiente en dirección a la entrada del túmulo. De la oscuridad salió precipitadamente otra silueta.

-¡EIric! ¡Gracias a las estrellas y a todos los dioses de la Tierra que sigues vivo!

-Agradécele a Ariocho, Moonglum. ¿Dónde está Zarozinia?

-Ahí abajo.... ese juglar demente se la ha llevado y Hurd va tras ellos. Estos reyes y príncipes están todos locos, no le encuentro ningún sentido a sus actos.

-Tengo el presentimiento de que el juglar no le hará ningún bien a Zarozinia. Date prisa, debemos ir tras ellos.

-¡Por las estrellas, qué hedor a muerte! jamás había olido nada semejantes..., ni siquiera en la gran batalla del Valle de Eshmir, donde los ejércitos de Elwher se encontraron con los de Kaleg Vogun, príncipe usurpador del Tanghensi, cuando medio millón de cadáveres cubrieron el valle de un confín al otro.

-Si no tienes estómago...

-Ojalá me faltara. De ese modo no me resultaría tan repugnante. Andando...

Se introdujeron en el pasadizo, y fueron guiándose por los sonidos lejanos de la risa enloquecida de Veerkad, y por los movimientos más cercanos del aterrorizado Hurd, que se encontraba atrapado entre dos enemigos y más asustado aún de un tercero.

Hurd avanzaba a tumbos en medio de la oscuridad, sollozando de miedo.

En el fosforescente Sepulcro Central, rodeado por los cadáveres momificados de sus antepasados, Veerkad entonó el canto ritual de resurrección ante el gran ataúd del Rey de la Colina, un cata

falco gigantesco, la mitad de alto que Veerkad, que ya de por sí era enorme. Impulsado por la sed de vengarse de su hermano Levantó Gutheran, Veerkad no

reparo en su propia seguridad una larga daga sobre Zarozinia, que estaba acurrucada en el suelo, cerca del ataúd.

El derramamiento de la sangre de Zarozinia culminaría con el ritual y después...

Después, se desataría el Infierno. O al menos así lo pensaba Veerkad. Concluyó su canto y levantó la daga justo en el momento en que Hurd entraba en el Sepulcro Central profiriendo un alarido y desenvainando la espada. Veerkad se volvió con el rostro ciego contraído por la ira.

Sin detenerse un solo instante, y con un brutal salvajismo, Hurd enterró la espada en el cuerpo de Veerkad, y empujó con fuerza para que la hoja se hundiera hasta la empuñadura y la punta apareciera por el otro lado. Pero el ciego, impulsado por los espasmos de la muerte, aferró entre sus manos el cuello del Príncipe, y apretó con fuerza.

De algún modo, los dos hombres conservaron durante unos instantes un hilo de vida, y mientras luchaban, fueron interpretando la macabra danza de la muerte moviéndose por la sala fulgurante. El ataúd del Rey de la Colina comenzó a sacudirse ligeramente, con un movimiento apenas perceptible.

Así fue como EÍric y Moonglum hallaron a Veerkad y a Hurd. Al comprobar que ambos estaban al borde de la muerte, EÍric atravesó a la carrera el Sepulcro Central hasta donde yacía Zarozinia, inconsciente, con lo cual se había ahorrado el espanto de aquella macabra escena. EÍric la cogió entre sus brazos y se dispuso a regresar.

De reojo, vio que el ataúd se estremecía.

-Date prisa, Moonglum. Ese maldito ciego ha invocado a los muertos. De prisa, amigo mío, antes de que las huestes del Infierno caigan sobre nosotros.

-¿Adónde vamos ahora, EÍric?

-Deberemos arriesgarnos a volver a la ciudadela. Nuestros caballos y nuestros bienes están allí. Necesitamos de nuestras cabalgaduras para poder marcharnos de aquí a toda prisa pues, si mi instinto no me engaña, me temo que pronto se producirá una terrible matanza.

-Dudo que encontremos demasiada resistencia, EÍric. Cuando me marché yo estaban todos borrachos. Por eso logré huir de ellos con tanta facilidad. A estas alturas, si han continuado bebiendo como cuando los dejé, no podrán moverse siquiera.

-Entonces démonos prisa.

Dejaron atrás la Colina y echaron a correr en dirección a la ciudadela.

4

Moonglum no se había equivocado. En el Gran Salón los encontraron a todos tumbados, sumidos en un sueño beodo. En las chimeneas abiertas habían encendido el fuego y los leños ardían dibujando unas sombras que se proyectaban, saltarinas, por todo el salón.

-Moonglum, ve con Zarozinia hasta los establos y prepara nuestros caballos -ordenó Elric en voz baja-. Yo ajustaré cuentas con Gutheran. ¿Ves? Han apilado el botín sobre la mesa, para regodearse en su aparente victoria.

La Tormentosa yacía sobre un montón de sacos rotos y alforjas que contenían el botín robado al tío, a los primos de Zarozinia, a Elric y a Moonglum.

Zarozinia, que ya había vuelto en sí, pero que continuaba aturdida, se fue en compañía de Moonglum a buscar los establos mientras Elric, sorteando los cuerpos de los hombres de Org, tirados en el suelo y rodeando los fuegos ardientes, se acercó a la mesa y, agradecido, recuperó su espada rúnica.

Saltó entonces sobre la mesa y se disponía a aferrar a Gutheran, que todavía conservaba colgada al cuello la cadena con piedras preciosas, símbolo de su reinado, cuando las enormes puertas del salón se abrieron de par en par y una ráfaga de viento helado hizo danzar el fuego de las antorchas. Olvidándose de Gutheran, Elric dio media vuelta con los ojos desmesuradamente abiertos.

Enmarcado en el vano de la puerta se alzaba el Rey de Debajo de la Colina.

El monarca que llevaba mucho tiempo muerto había vuelto a la vida gracias a Veerkad, cuya propia sangre había completado la resurrección.

Aquí estaba, envuelto en sus vestidos putrefactos, con sus huesos carcomidos cubiertos por restos de piel reseca y cuarteada. El corazón no le latía, porque carecía de corazón; no respiraba, porque sus pulmones habían sido devorados por las criaturas que se deleitaban con tales cosas. Pero, por horrible que pareciera, estaba vivo...

El Rey de la Colina. Había sido el último gran gobernante del Pueblo Condenado que, en su furia, había destruido media Tierra y creado el bosque de Troos. Tras el Rey muerto se apiñaban las espantosas huestes que habían sido sepultadas a su lado en el pasado legendario.

¡Y comenzó la matanza!

EIric apenas alcanzaba a adivinar qué secreta venganza se estaba llevando a cabo, pero fuera cual fuese su motivo, el peligro era muy real.

EIric desenvainó la Tormentosa mientras las hordas resucitadas descargaban sus iras sobre los vivos. El Salón se llenó con los gritos horrorizados de los infortunados hombres de Org. Medio paralizado por el horror, EIric permaneció junto al trono. Gutheran despertó en ese momento y vio al Rey de la Colina y a sus huestes. Lanzando un grito casi agradecido, dijo:

-¡Por fin podré descansar!

Y cayó muerto de un ataque, privando a EIric de su venganza.

El eco de la sombría canción de Veerkad se repitió en la memoria de EIric. Los Tres Reyes en la Oscuridad, Gutheran, Veerkad y el Rey de Debajo de la Colina. Sólo continuaba vivo el último.... después de haber estado muerto durante milenios.

Los ojos fríos del Rey recorrieron el Salón y descubrieron a Gutheran despatarrado sobre su trono, con la antigua cadena, símbolo de su reinado, colgada de su cuello. EIric. la arrancó del cuerpo y retrocedió mientras el Rey de Debajo de la Colina avanzaba. Chocó contra una columna y se vio rodeado de espíritus devoradores.

El Rey muerto se acercó un poco más, y con un gemido silbante que provenía de las profundidades de su cuerpo putrefacto, se lanzó sobre EIric, que se vio entonces trabado en una lucha desesperada contra el Rey de la Colina, que poseía una fuerza sobrenatural, pero cuya carne no sangraba ni sufría dolor alguno. Ni siquiera la infernal espada rúnica poseía poder alguno contra aquel horror que carecía de alma de la cual apoderarse y de sangre de la cual beber.

Desesperado, EIric hundió su espada en el Rey de la Colina, pero unas uñas irregulares se le clavaron en la carne y unos dientes se le prendieron al cuello. Y siempre presente, el hedor impresionante de la muerte manaba de los espíritus devoradores que atestaban el Gran Salón con sus horrendas formas y se comían a los vivos y a los muertos.

Elric oyó entonces que la voz de Moonglum lo llamaba y lo vio en la galería que rodeaba el Salón. Llevaba un gran cántaro de aceite.

-Condúcelo hasta el fuego central, Elric. Quizás haya un modo de vencerle. ¡Date prisa, o acabará contigo!

Sacando fuerzas de flaqueza, el melnibonés obligó al rey gigante a dirigirse hacia las llamas. Alrededor del fuego, los espíritus devoradores se alimentaban de los restos de sus víctimas, algunas de las cuales todavía estaban vivas, y pedían a gritos que las salvaran, por encima del clamor de la carnicería.

El Rey de la Colina se encontraba ya de espaldas al gran fuego del centro. Seguía atacando a Elric. Moonglum lanzó el cántaro.

Se estrelló contra las piedras del hogar salpicando al Rey con el aceite en llamas. El Rey se tambaleó y Elric le asestó un golpe con todas sus fuerzas; hombre y espada se unieron para empujar al Rey de la Colina hacia el fuego. El Rey cayó sobre las llamas y el fuego comenzó a devorarlo.

Antes de perecer envuelto en llamas, el gigante lanzó un aullido espantoso.

El fuego comenzó a extenderse y el Gran Salón no tardó en convertirse en un Infierno abrasador entre cuyas llamas corrían los espíritus que continuaban devorando a vivos y muertos sin percatarse de su propia destrucción. El camino hacia la puerta se encontraba bloqueado.

Elric miró a su alrededor y vio un único modo de salir de allí.

Envainó la Tormentosa, tomó impulso, saltó hacia arriba y alcanzó a aferrarse de la barandilla de la galería justo en el momento en que las llamas engullían el lugar donde había estado.

Mooglum se inclinó hacia abajo y lo ayudó a saltar la barandilla.

-Me has decepcionado, Elric -le dijo con una sonrisa socarrona-, te has olvidado de traer el tesoro.

Elric le enseñó lo que llevaba en la mano izquierda: la cadena incrustada de joyas, símbolo del reinado de Org.

-Esta fruslería alcanzará en cierto modo a recompensar nuestros padecimientos -le dijo al tiempo que levantaba en el aire la brillante cadena-. ¡Por Ariocho que no he robado nada! ¡En Org Ya no quedan reyes que puedan llevarla! Andando, reunámonos con Zarozinia y vayamos en busca de los caballos.

Abandonaron la galería justo en el momento en que las paredes comenzaban a desmoronarse sobre el Gran Salón.

Se alejaron de los salones de Org a todo galope; al mirar atrás, vieron que en los muros aparecían unas enormes fisuras y oye ron el rugido de la destrucción cuando las llamas consumieron lo que había sido Org. Destruyeron la sede de la monarquía, los restos de los Tres Reyes en la Oscuridad, el presente y el pasado. De Org no quedaría más que un túmulo funerario vacío y dos cadáveres, unidos en eterno abrazo, en el mismo lugar donde sus antepasados habían yacido durante siglos en el Sepulcro Central. Destruyeron el último eslabón con la era anterior y limpiaron la Tierra de un antiguo mal. Sólo quedaba el bosque de Troos como señal de la existencia del Pueblo Condenado.

Y el bosque de Troos era una advertencia.

Fatigados aunque aliviados, los tres vieron los perfiles de Troos en la lejanía, tras la pira funeraria en llamas.

Sin embargo, a pesar de su felicidad, y aunque el peligro había pasado, a Elric se le planteaba un nuevo problema.

-¿Por qué frunces el ceño, amor mío? -le preguntó Zarozinia.

-Porque creo que estabas en lo cierto. ¿Recuerdas que dijiste que confiaba demasiado en mi espada rúnica?

-Sí, y también recuerdo que te dije que no discutiría contigo.

-Así es. Pero tengo la sensación de que sólo tenías razón en parte. Sobre el túmulo funerario y dentro de él no llevaba conmigo la Tormentosa... y, sin embargo, luché y vencí porque temía por tu seguridad. - Su voz sonaba tranquila-. Quizá, con el tiempo, logre conservar mi fuerza mediante ciertas hierbas que encontré en Troos; tal vez así, pueda prescindir de la espada para siempre.

Al oír aquellas palabras, Moonglum lanzó una sonora carcajada.

- EIríc ... jamás creí que sería testigo de semejante manifestación. Que tú vas a prescindir de esa maldita espada. No sé si algún día podrás hacerlo, pero me reconforta pensar en ello.

Y a mí también, amigo mío. -Se inclinó en la silla, aferró a Zarozinia por los hombros y la atrajo hacia sí de una manera peligrosa sin dejar de cabalgar a todo galope. Y mientras continuaban viaje, la besó, sin prestar atención al ritmo que llevaban.

-¡Un nuevo inicio! -gritó por encima del rumor del viento-. ¡Un nuevo inicio, amor mío!

Los tres continuaron viaje hacia Karlaak, situada Junto al Erial . de las Lágrimas, donde se presentarían para enriquecerse y participar en la boda más extraña que jamás se hubiera visto en las Tierras del Norte.